

VI Conferencia Internacional
Científico Pedagógica de Educación Física y Deportes
Pinar del Río '07

Título: Algunas reflexiones alrededor de los deportes en el siglo XIX cubano y su incidencia en la gestación de la nacionalidad.

Autores: Lic. Mariela Sieres Pita

MSc. Rafael Ángel Bernal Castellanos.

Institución: Facultad de Cultura Física "Nancy Uranga Romagoza"; Pinar del Río.

Correo electrónico: castellanos@fcf.pinar.cu

RESUMEN

A pesar de no haberse establecido una definición del término *deporte* tal y como hoy se aplica en la cotidianidad universal, la práctica de varias formas que pudiéramos considerar «predeportivas» en la formación de la nacionalidad cubana permite establecer dos conceptos esenciales en el desarrollo de una identidad nacional que pudieran entenderse como: el deporte ha resultado vía para expresar una distinción con respecto a preferencias foráneas, y la práctica de la actividad física, además de su contenido lúdico, resulta una significativa preparación para las contingencias de la vida.

La promoción de estos elementos como rasgos personológicos de nuestros próceres permitirá no sólo una consolidación de la identidad nacional sino una mejor integración del ejercicio físico a la vida diaria a la vez que la consolidación de valores humanos esenciales en nuestros compatriotas.

“...Quien dice hombres fuertes, dice hombres libres (...) es útil a los jóvenes cubanos el Base ball; debe subsistir. Lo que importa es que le den su verdadero lugar, como diversión favorable al desarrollo físico, a la salud y al vigor mental”

Enrique José Varona

“El baseball en La Habana”

en: REVISTA CUBANA. t. VI, 1887, p. 87

La Habana. Cuba.

Quien haya asistido a una de las festividades de nuestros campesinos habrá podido disfrutar de las llamadas “carreras de sortijas” en las que nuestros hombres del campo muestran sus habilidades tratando de ensartar con una pequeña varilla de madera, que cabe en la palma de la mano, una sortija que cuelga de un fino cordel sobre la rústica pista. El triunfo en la ecuestre contienda implica la posibilidad de bailar una pieza con una hermosa joven previamente seleccionada como “Reina de la Fiesta”.

Si volvemos a nuestros estudios de Historia de la Edad Media recordaremos un torneo donde violentos caballeros encerrados en férreas corazas combatían a caballo por el honor de una aristocrática dama. No es difícil encontrar las resonancias de uno en el otro, pero lo más significativo radica en que precisamente las divergencias entre ellas pueden ser asumidas como el origen de una nacionalidad que se ha fundamentado en la diferencia con respecto a modelos foráneos.

Tornar la áspera lanza que derriba al adversario en la delicada espiga que ensarta el anillo más que un cambio de tamaño implica una nueva óptica ante la vida que queda subrayada al colocar como premio la posibilidad de palpar — aunque sea por encima de la ropa— los encantos de una bella dama a quienes, además, se le demuestra prácticamente otra habilidad: la de bailar.

Desde esa perspectiva es preciso que se asuma cómo ha sido percibida la habilidad física en el contexto cubano y cómo esta ha influido en la formación de los paradigmas de la identidad nacional. La noción de diferenciarnos de quienes nos colonizaron tuvo temprana acogida en el pensamiento cubano y encontró un espacio en las habilidades que fueron asumidas como propias por quienes nacieran en la Perla de Las Antillas. Si al colonizador pronto se le identificó como «patón», el criollo presumió de un pie bien formado pues si el primero calzaba

alpargatas el segundo, aunque fueran de *baqueta*, trató de usar zapatos de cuero que conformaba el pie; pronto la misma distinción se semantizó en otro concepto y «patón» definió a quien era torpe en el baile, o sea «gallego» y por extensión hispano, pues el nativo siempre presumió de hábil bailarín como lo confirma que el premio en las contiendas locales implicara bailar con la más bella de la fiesta.

Este temprano intento distintivo perduró en el tiempo y alcanzó otras expresiones, vale recordar que a diferencia de otros pueblos del continente que acogieron el toreo (México, Perú, Colombia y con algunos rasgos propios Bolivia) este no encontró arraigo entre nosotros a pesar de la más larga presencia hispana en la Isla, e incluso llegó a motivar fuertes disputas en la prensa. Aunque implica también muerte y derramamiento de sangre al cubano le interesó más la pelea de gallos que se tornó tan representativa que el viajero norteamericano Samuel Hazard, escribió en su crónica de viajes *Cuba a pluma y lápiz* que no podía imaginar a un cubano sin un gallo bajo el brazo.

Tal vez en esa afición haya influido el rasgo que nuestros abuelos definían con la gráfica palabra “parejería” que Fernando Ortiz defina como el afán igualador — emparejador— de nuestra idiosincrasia, pues se trata de dos animales que se enfrentan en similares condiciones, a diferencia del toreo donde la bestia se ve obligada a lidiar contra un hombre dotado de habilidades, raciocinio y otros auxilios que hacen presumible el triunfo, pero lo cierto es que a pesar de que los gallos nos llegaron desde Andalucía, no son precisamente expresión española por lo que fue otro factor a su favor para arraigar entre nosotros. Es decir nuevo elemento de diferencia que fue creando una semejanza, una identidad.

Sin lugar a dudas estas aficiones no eran privativas de una u otra clase social, abarcaban a todos aquellos que empezaban a distinguirse como «criollos» y por tanto trascendían hacia hábitos y normas e incluso permitían diluir, aunque fuera momentáneamente, barreras sociales, pues en el momento de su realización admitían democráticamente la presencia de todos los que quisieran “competir”, de esta manera se iba insertando, junto al espíritu gregario que ha distinguido al cubano, la ansiedad competitiva que le ha permitido afrontar numerosos retos a lo largo de la historia nacional.

Si asumimos los datos anteriores como influencias sociales en la formación y desarrollo de la personalidad de quienes convivieron con esos gustos y costumbres, no puede resultarnos extraño que numerosas figuras de nuestro patriciado reiteraran en sus comportamientos habilidades derivadas de tales pasatiempos que, por la incidencia en ellas de determinadas características físicas y organizativas —además de la época en que ocurrían—, pudiéramos considerar formas «predeportivas»; las mismas, unidas a otras derivadas de la propia formación clasista recibida por ellos, como la equitación (requisito ineludible para poderse transportar), la esgrima (aunque oficialmente estaban prohibidos eran frecuentes los duelos) o el ajedrez, vemos que hay un sustrato deportivo en nuestra nacionalidad.

Insistimos en que no se trata de una afirmación festinada, los hechos demuestran, a través de las diversas épocas, como se fue afianzando en la cotidianidad la práctica de un conjunto de actividades con un contenido lúdico, pero que suponían un desarrollo de habilidades y un espíritu competitivo, que se insertaron profundamente en la cotidianidad del cubano. De esta forma la práctica del ejercicio físico no supuso en ningún momento dentro de nuestros nacionales un elemento negativo o reductor dentro de la sociedad —recordemos que uno de los factores que propició el esclavismo entre los conquistadores fue su convicción de que los caballeros no sudaban.

Sin embargo, a través de demostraciones de fuerza —habituales en los trabajadores hispanos encargados de determinadas labores no muy bien vistas por sus compatriotas acaudalados— se fueron formando las inclinaciones hacia el levantamiento de pesos o las marchas, junto con un sentimiento de fraternidad entre ellos y los cubanos que acudían a verlas. Valga recordar que tanto “isleños” como “gallegos” dejaron fama de forzudos en el imaginario popular pero fueron también presencia significativa en el Ejército Libertador. De igual modo una de nuestras primeras glorias deportivas: el “Andarín Carvajal”, fue un emigrado español que se desempeñaba en la dura labor de cartero y permaneció junto a sus amigos cubanos una vez alcanzada la independencia.

Sin embargo lo más notable de este proceso puede percibirse en la manifiesta afición de altas figuras de nuestra gesta libertaria por la práctica de esas formas predeportivas; desde Félix Varela a José Martí y Enrique Loynaz del Castillo el ajedrez más que pasatiempo fue práctica que se insertaba en el horario diario, en esa afición sobresale Carlos Manuel de Céspedes traductor de varios textos ajedrecísticos europeos. De igual modo los salones de esgrima conocieron de la presencia de Ignacio Agramonte, Rafael Morales y González, Manuel Sanguily y otros que si bien supieron hacer uso de esas habilidades en la manigua no es menos cierto que acudían a las salas de armas sin saber que tiempo después tendrían la posibilidad de aplicar guerreramente lo aprendido en ellas.

Se fue estableciendo así un rasgo semejante entre los nacidos en esta tierra y quienes venían de otras costas, los fue haciendo «idénticos» en un gusto a partir del cual fue estableciéndose un sentimiento de «identidad» que se fue enriqueciendo con otros factores y trascendió a maneras de comportamiento, valga como ejemplo el uso en el teatro bufo cubano del *negrito* y el *gallego* quienes se distinguen en el uso particular de la lengua que incluye en el más oscuro numerosas expresiones propias de los aficionados a los gallos, que serían enriquecidas durante las primeras décadas del siglo XX con otras alusivas a la pelota.

La incidencia del pasatiempo nacional en nuestra identidad como pueblo es algo que ha sido suficientemente abordado pero que siempre encuentra un resquicio por donde ingresar otra vez al análisis. Desde que a mediados de la década de 1860 los hermanos Ernesto y Nemesio Guilló comenzaron a ejercitarse en los «placeres» de El Vedado en el “extraño juego” que habían aprendido durante sus estudios en Mobile, Alabama, la práctica del mismo fue sumando adeptos e incorporando costumbres —algunas perdidas como la del baile al final— que agruparon cada vez a más jóvenes que, junto a la recreación, procuraban distinguirse de los españoles a través de ese juego, pues un elemento a considerar es que los equipos contendientes ostentaban en cantidad significativa nombres relativos al entorno cubano y los pocos que tenían denominaciones exóticas no se referían a elementos hispanos.

En este rasgo debe considerarse otro elemento que se haría manifiesto tiempo después: la práctica de la pelota vasca o *jai alai* —quizás la única expresión deportiva surgida en territorio español— que no se desarrolló entre nosotros durante el siglo XIX a pesar de ser habitual para numerosos vascos y catalanes que vivían en la Isla, y hubo de esperar hasta los años 30 y 40 del siguiente siglo para encontrar admiradores entre los cubanos aunque siempre fue vista como “cosa de españoles”.

Volviendo al béisbol es interesante señalar que durante mucho tiempo fueron en su aplastante mayoría aficionados, —hasta 1893 no se constituyó un equipo totalmente profesional, representando a la fábrica de tabacos *El águila de oro*— a pesar de conocerse por los introductores y otros visitantes la existencia de equipos profesionales en Norteamérica. Este detalle enriquece el análisis de estos factores incidentes en la formación de una identidad pues contrasta con el concepto de reservar el amateurismo a los clubes sociales de los grupos dominantes.

En este mismo sentido vale anotar que “la pelota” tuvo a su favor la peculiaridad de practicarse al aire libre en espacios relativamente grandes que permitían acoger sin llamar la atención a quienes necesitaban entrevistarse con fines conspirativos lejos de controles peligrosos. Todo esto queda manifiesto en la conocida presencia de casi todos los jugadores del primer partido oficial de nuestra historia deportiva en las filas mambisas en la contienda iniciada posteriormente el 24 de febrero de 1895.

A partir de los elementos anteriores podemos entonces preguntarnos ¿Comprenden los profesores de Educación Física que mientras enseñan cómo coger el bate, o lanzar al aro, o entregar el batón, están formando un sentido de pertenencia a una nación deportiva? ¿Son conscientes nuestros atletas cuando obtienen un éxito que están haciendo su aporte a la fiesta de la cubanidad? ¿Valoran nuestros funcionarios deportivos que cuando descuidan una instalación, están afectando un sitio memorial de nuestra historia?

Nos parece que en la mayoría de los casos la respuesta es afirmativa pero creemos también que lo conocen intuitivamente, que sienten que esa es la respuesta precisamente porque son cubanos, pero no porque hayan recibido en

sus programas de estudio de cualquier nivel la información necesaria para comprender mejor la dimensión patriótica de Ramón Fonst, Kid Chocolate, José Raúl Capablanca, Adolfo Luque, Enrique Figuerola y tantos otros.

Y es que se necesita incluir en nuestros programas de estudio una asignatura de profundo valor axiológico que aborde al cubano desde sus particulares actitudes vitales, desde esos elementos en apariencia insignificantes o casuales que lo hacen idénticos en su actitud vital sean doctores o labriegos, orientales o pinareños, hombres o mujeres, y que son los que constituyen su IDENTIDAD y en eso, sin lugar a dudas, el gusto por el deporte y la competitividad ocupan trascendente lugar.

por: **Lic.** Mariela Sieres Pita.

M.Sc. Rafael A. Bernal Castellanos.

Bibliografía.

1. BORDIEU, PIERRE. "¿Cómo se puede ser deportista?", en *Sociología y cultura*, p. 198-211. Edit. Grijalbo. México. 1990.
2. De la IGLESIA, ÁLVARO. *Tradiciones cubanas*. Edic. Huracán. La Habana. 1970.
3. Del CASAL, JULIÁN. *Prosas*. (t.II). Consejo Nacional de Cultura. La Habana. 1963.
4. DÍAZ CASTAÑÓN, MARÍA del PILAR (compiladora). *Perfiles de la nación*. Edit Ciencias Sociales. La Habana. 2004.
5. ELÍAS, NORBERT. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica. México. 1992.
6. GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO. "Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano", en *Crítica práctica/Práctica crítica*. pp. 257-271. Fondo de Cultura Económica. México. 2002.
7. HAZARD, SAMUEL. *Cuba a pluma y lápiz*. Edit. Trópico. La Habana. 1934.
8. LOVEIRA, CARLOS. *Generales y doctores*. Edit. Letras Cubanas. La Habana. 1984.
9. MORENO FRAGINALS, MANUEL. *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*. Edit. Grijalbo. Barcelona. 1995.
10. RIAÑO SAN MARFUL, PABLO. *Gallos y toros en Cuba*. Fundación Fernando Ortiz. La Habana. 2002.
11. SIXTO de SOLA, JOSÉ. "El deporte como factor patriótico y sociológico. Las grandes figuras deportivas de Cuba", en *Cuba Contemporánea*, año II, tomo V, N° 2, pp 128-129. La Habana. Junio de 1914.